
ETNOGRAFÍA, métodos de investigación



MARTYN HAMMERSLEY

PAUL ATKINSON

INDICE

Pag	tema	Título
	1	¿Qué es la etnografía?
	2	El diseño de la investigación: problemas, casos y muestras
	3	El acceso
	4	Relaciones de campo
	5	Los relatos nativos: escuchar y preguntar
	6	Documentos
	7	Registrar y organizar la información
	8	El proceso de análisis
	9	La escritura etnográfica
	10	Ética

1. ¿QUÉ ES LA ETNOGRAFÍA?

En las últimas décadas, la etnografía se ha convertido en una manera popular de aproximarse a la investigación social, al igual que otro tipo de trabajos cualitativos. Esto es así debido en parte a la desilusión provocada por los métodos cuantitativos que, durante mucho tiempo, dominaron casi por completo las ciencias sociales, aplicándolos a la mayoría de las investigaciones sociales. De hecho, en la actualidad la popularidad de la investigación cualitativa es tal que se ha convertido en la tendencia mayoritaria para la investigación. Al mismo tiempo, este éxito ha provocado la diversificación y el desacuerdo: existen considerables diferencias de prescripción y práctica, y, de acuerdo con éstas, cierta divergencia acerca de la adecuada naturaleza de la investigación cualitativa y sus propósitos. Esta diversidad en la perspectiva y la práctica ha sido formalizada en trabajos que han intentado identificar los múltiples paradigmas. Marshall y Rossman (1989), por ejemplo, enumeran seis formas de investigación cualitativa, en tanto que en el campo de la educación, Jacob señala siete u ocho paradigmas cualitativos diferentes en Estados Unidos (Jacob, 1987); también se hizo patente una diversidad similar en los trabajos británicos en ese campo (Atkinson y otros, 1988).

Según los propósitos de este libro, interpretaremos el término «etnografía» de un modo liberal, sin preocuparnos demasiado sobre qué podrá servirnos de ejemplo para ello o no. Entendemos el término como una referencia que alude principalmente a un método concreto o a un conjunto de métodos. Su principal característica sería que el etnógrafo participa, abiertamente o de manera encubierta, en la vida diaria de las personas durante un período de tiempo, observando qué sucede, escuchando qué se dice, haciendo preguntas; de hecho, haciendo acopio de cualquier dato disponible que sirva para arrojar un poco de luz sobre el tema en que se centra la investigación. Igualmente, como veremos más adelante, en cierto sentido todos los investigadores sociales son observadores participantes y, por lo tanto, las fronteras de la etnografía no pueden ser nítidas. No pretendemos, particularmente, llevar a cabo una distinción definitiva entre la etnografía y los otros tipos de indagación cualitativa.

En muchos sentidos, la etnografía es la forma más básica de investigación social. No sólo tiene una larga historia (Wax, 1971), sino que también se asemeja notablemente a los modos rutinarios con que la gente le da sentido al mundo en la vida diaria. Algunos críticos entienden que precisamente ahí radica su fuerza, otros creen que ésa es su debilidad elemental. En el pasado, era habitual enfocarlo desde el ángulo positivo. En cualquier caso, ahora los trabajos cualitativos se aceptan de un modo más amplio que antes, y esto ha llevado a un crecimiento del interés en la combinación de las técnicas cualitativa y cuantitativa (Bryman, 1988; Brannen, 1992). Sin embargo, había una tendencia compensatoria por parte de algunos etnógrafos a distinguir sus investigaciones de manera más marcada del método cuantitativo, y en el proceso de rechazar la propia noción de ciencia de la vida social destinada a la comprensión del comportamiento humano (véanse, por ejemplo, Smith, 1989; Guba, 1990; Lather, 1991).

Durante mucho tiempo, los investigadores sociales han sufrido la tensión entre las concepciones del método científico modeladas a partir de prácticas de las ciencias naturales, por una parte, y las ideas acerca del hecho diferencial del mundo social y de las implicaciones que conlleva cómo debe ser estudiado, por otra. Pero en los últimos años, esto se ha exacerbado al incrementarse las preguntas sobre el valor y el carácter de las ciencias naturales. Éstas ya no representan el prestigioso modelo que fueron en el pasado. En cierta medida, esto surge tras reconocer que los frutos que produce son una bendición confusa. Además, se pone mayor énfasis en el hecho de que se trata de un producto social; así pues, el esfuerzo se ha situado en el hecho de que participa de otros conjuntos de actividades humanas, y también paralelamente a la escolarización de las humanidades y las artes, escolarización que ha alcanzado gran influencia en la investigación social, especialmente entre los etnógrafos.

El propósito de este capítulo es explorar y atestiguar estos cambios en las ideas que configuran la metodología etnográfica. Empezaremos por observar el conflicto entre el método cuantitativo y el cualitativo como modelos de investigación social que compiten, presente en muchos campos en el pasado y todavía hoy en algunos. A menudo, este tipo de circunstancias se convierten en una pugna entre posiciones filosóficas opuestas. Ateniéndonos a los precedentes, denominaremos estas tendencias como «positivismo» y «natu-

ralismo»: el primero privilegia los métodos cuantitativos y el segundo propone la etnografía como método central, si no el único legítimo, de investigación social. («Naturalismo» es un término que se utiliza de maneras diversas, incluso contradictorias, en la literatura: véase Matza, 1969. Aquí adoptamos simplemente el significado convencional dentro de la literatura etnográfica.)

POSITIVISMO FRENTE A NATURALISMO

El positivismo ha tenido una larga historia en la filosofía, alcanzando su apogeo con el «positivismo lógico» de los años treinta y cuarenta (Kolakowski, 1972). Este movimiento tuvo una considerable influencia sobre los científicos sociales, particularmente en la promoción del estatus de la investigación experimental, de encuestas y de formas cuantitativas de análisis asociadas a éstas. Antes que esto, tanto en sociología como en psicología social, las técnicas cuantitativas y cualitativas habían sido utilizadas habitualmente en todo tipo de ámbitos, a menudo por parte de los mismos investigadores. Estudiosos del siglo xlx, como Mayhew (1861), LePlay (1879) y Booth (1902-1903), trataron los datos cuantitativos y cualitativos como complementarios. Incluso los sociólogos de la Escuela de Chicago, a menudo representados como los exponentes de la observación participante, empleaban tanto los «casos de estudio» como los métodos «estadísticos». Al tiempo que había debates recurrentes en torno a ellos, sobre sus ventajas relativas y los usos de las dos aproximaciones, también había una coincidencia general sobre el valor de ambas (Bulmer, 1984; Harvey, 1985; Hammersley, 1989b). Sólo más tarde, con el rápido desarrollo de los métodos estadísticos y de la creciente influencia de la filosofía positivista, este tipo de investigación fue observada por los que la practicaban como una tradición metodológica autosuficiente. (En la psicología social este proceso dio comienzo más pronto, y se convirtió en el método dominante de experimentación.)

Hoy, el término «positivismo» se ha convertido en poco más que una palabra de la que abusan los científicos sociales y, fruto de ello, su significado se ha oscurecido. Para nuestros propósitos, los principales dogmas del positivismo se pueden desarrollar de la forma siguiente (para una exposición más detallada véanse Keat y Urry; 1975; Giddens, 1979; y Cohen, 1980):

1. La ciencia natural, concebida en términos de lógica del experimento, es el modelo de la investigación social. Aunque es cierto que los positivistas no quieren sostener que todos los métodos de las ciencias naturales sean iguales, sí que argumentan que comparten una lógica común. Ésta es la lógica del experimento, donde variables cuantitativamente mensuradas son manipuladas con el objetivo de identificar las relaciones existentes entre ellas. Esta lógica, dicen, es la característica que define la ciencia.
2. Leyes universales. El positivismo ha adoptado una concepción característica de la explicación, normalmente conocida como modelo de la «ley protectora». Aquí los acontecimientos son explicados siguiendo un método deductivo al apelar a leyes universales que establecen relaciones regulares entre variables, y que permanecen constantes en todas las circunstancias. Sin embargo, la versión estadística de este modelo, en el cual las relaciones sólo tienen una determinada probabilidad de aplicarse a todas las circunstancias, ha sido la más adoptada por los científicos sociales, y esto ha motivado un gran interés por los procedimientos de muestreo, especialmente en las investigaciones que utilizan encuestas. En este modelo de explicación su punto fuerte se centra en la generalización de resultados.
3. El lenguaje de la observación neutral. Por último, los positivistas dan prioridad a los fenómenos que son observables de manera directa; cualquier apelación a factores intangibles corre el riesgo de ser descalificada como especulación metafísica. Las teorías científicas deben fundarse en -y estar probadas por medio de- descripciones que simplemente correspondan al estado de las cosas, sin presupuestos teóricos, quedando así libre de dudas. Esta fundamentación puede consistir en datos proporcionados por los sentidos, como en el empirismo tradicional o, como en versiones más tardías, del ámbito de lo «directamente observable»: el movimiento de los objetos físicos; el mercurio en un termómetro, por ejemplo, permite alcanzar más fácilmente un consenso entre todos los observadores. Así pues, el énfasis se centra en la estandarización de los procedimientos de recolección de datos, y lo que se intenta con ello es elaborar criterios de medición estables para

todos los observadores. Si los criterios son fiables en este sentido, se afirma que se tendrá una base teóricamente neutra sobre la que trabajar.

Un aspecto central en el positivismo es, por lo tanto, la determinada concepción del método científico, siguiendo el modelo de las ciencias naturales y, en particular, el de la física (Toulmin, 1972). Método, en este caso, quiere decir verificación de teorías. Se traza una distinción radical entre el contexto de los descubrimientos y el contexto de la justificación (Reichenbach, 1938 y 1951). La cuestión de cómo se generan las ideas teóricas pertenece al pasado y está fuera de los límites del método científico. Los procedimientos utilizados en el contexto de justificación marcan la diferencia entre la ciencia y el sentido común, con el objetivo de reemplazar éste por un cuerpo de conocimientos científicos.

Así pues, la característica más importante de las teorías científicas es que están abiertas y sujetas a una aprobación: pueden ser confirmadas o negadas. Este procedimiento requiere del control de las variables, que puede lograrse mediante el control físico, como en los experimentos, o mediante el análisis estadístico de un amplio número de casos, como en la investigación mediante encuestas. Sin control sobre las variables, se afirmó, no se puede sino especular acerca de las relaciones causales, pues no se tiene una base para comprobar las hipótesis. Así, el proceso de comprobación implica comparar lo que afirma la teoría acerca de lo que debería suceder en ciertas circunstancias con lo que realmente sucede; en otras palabras, compararla con «los hechos». Estos hechos se recogen mediante métodos que, al igual que los hechos que tratan, son observados como neutrales respecto a la teoría; o sea, se asume que no pueden proporcionar una prueba conclusiva para la teoría. En particular, todos los intentos se llevan a cabo para eliminar el efecto del observador al desarrollar un conjunto explícito y estandarizado de procedimientos de obtención de datos, lo que requiere, una réplica por parte de los otros para poder evaluar la fiabilidad de los hallazgos. En una investigación basada en encuestas, por ejemplo, el comportamiento de los entrevistadores está especificado típicamente respecto a la redacción de las preguntas y al orden en el que son realizadas. En los experimentos, el comportamiento del investigador y las instrucciones que ofrece a los sujetos están estrictamente definidas. Se afirma que si puede asegurarse que todos los que responden a la encuesta o los sujetos experimentales en estudio y sus correspondientes respuestas se encaran con el mismo tipo de estímulos, entonces sus respuestas serán contrastables. Allí donde no se emplean estos procedimientos explícitos y estandarizados, como en la observación participante, resulta imposible saber cómo interpretar las respuestas, pues no se tiene idea de a qué han respondido. Dicho de otro modo, los positivistas argumentan que sólo mediante un ejercicio de control físico y estadístico de variables y gracias a un riguroso sistema de medición, la ciencia puede producir un corpus de conocimiento cuya validez sea conclusiva, reemplazando así los mitos y dogmas del sentido común.

La investigación cualitativa no se ajusta a estos cánones positivistas, y como resultado se convierte en objeto de crítica al carecer de rigor científico. Algunas veces se desestima como inapropiada para la ciencia social, sobre la base de que los datos y hallazgos que produce son «subjetivos», sólo impresiones idiosincrásicas de uno o dos casos que no proporcionan unos fundamentos sólidos para el análisis científico riguroso. Como reacción a esto, los etnógrafos desarrollaron una visión alternativa de la naturaleza propia de la investigación social, a menudo denominada «naturalismo» (Lofland, 1967; Blumer, 1969; Matza, 1969; Denzin, 1971; Schatzman y Strauss, 1973; Guba, 1978). También apelaron en alguna ocasión a las ciencias naturales como modelo, pero su concepción de este método era diferente al de los positivistas, y el ejemplo habitual era la biología del siglo XIX más que la física del siglo XX.

El naturalismo propone que, en la medida de lo posible, el mundo social debería ser estudiado en su estado «natural», sin ser contaminado por el investigador. Procedimientos «naturales» en lugar de «artificiales», como experimentos o entrevistas formales, deberían ser la principal fuente de datos. Además, el desarrollo de la investigación debe tener en cuenta el respeto a la naturaleza del lugar. El principal objetivo debería ser describir qué sucede en el lugar, cómo la gente involucrada entiende sus propias acciones y las de los otros, y el contexto en el que la acción sucede.

Un elemento clave para el naturalismo es la insistencia en que el investigador adopte una actitud de «respeto» o «aprecio» hacia el mundo social. Como dice Matza, el naturalismo es la perspectiva que permanece fiel a la naturaleza del fenómeno que se está estudiando (1964, pág. 5). Esto se contrapone a la concepción positivista del método científico como una reconstrucción de la experiencia de las ciencias naturales:

La realidad existe en el mundo empírico y no en los métodos usados para estudiar ese mundo; ésta debe ser descubierta en el análisis de ese mundo. Los métodos son meros instrumentos

diseñados para identificar y analizar el carácter inmutable del mundo empírico y como tales, su valor existe sólo en la medida en que son apropiados para la realización de esta tarea. En este sentido fundamental, los procedimientos empleados en cada fase de la acción científica investigadora deberían ser valorados en términos de su grado de respeto a la naturaleza del mundo empírico que estudian, si lo que ellos presentan como el verdadero significado del mundo empírico lo es realmente.

(Blumer, 1969, págs. 27-28)

De acuerdo con esta perspectiva, un primer requisito de la investigación social es ser fiel a los fenómenos que se están estudiando, y no a algún cuerpo particular de principios metodológicos, aunque éste se encuentre sólidamente fundamentado por argumentos filosóficos.

Además, los naturalistas entienden los fenómenos sociales como algo sustancialmente diferente de los fenómenos físicos. En este sentido, los naturalistas se mueven en un campo amplio de ideas filosóficas y sociológicas, pero especialmente en una interacción simbólica, fenomenológica y hermenéutica. A partir de diferentes puntos de partida, estas tradiciones coinciden en que el mundo social no puede ser entendido en términos de relaciones causales o mediante el encasillamiento de los acontecimientos sociales bajo leyes universales. Esto es así porque las acciones humanas están basadas, o inducidas, por significados sociales: intenciones, motivos, actitudes, creencias. Así por ejemplo, en el corazón de la interacción simbólica yace una reacción contra el modelo de comportamiento humano basado en la dinámica estímulo-respuesta, desarrollado por los argumentos metodológicos del positivismo. Según el punto de vista de los interaccionistas, la gente interpreta estímulos, y esas interpretaciones, sujetas a una continua revisión conforme al ocurrir de los acontecimientos, moldean sus acciones. Como resultado, los mismos estímulos físicos pueden significar cosas diferentes para personas diferentes e incluso para las mismas personas en situaciones diferentes. Mehan aporta un ejemplo concluyente relacionado directamente con el tipo de recolección de datos que propone el positivismo:

Una pregunta de [un] test de desarrollo de lenguaje le propone al niño escoger como «el animal que puede volar» entre un pájaro, un elefante y un perro. La respuesta correcta (obviamente) es el pájaro. Algunos niños de primero, sin embargo, escogen el elefante al mismo tiempo que el pájaro como respuesta a la pregunta. Cuando les pregunto después por qué escogen esa respuesta ellos contestan: «Por Dumbo». Dumbo, por supuesto, es el elefante volador de Disney, bien conocido por los niños que ven televisión o leen libros infantiles como un animal volador.

(Mehan, 1974, pág. 249)

Dicha indeterminación respecto a la interpretación condiciona los intentos de desarrollar unas medidas estándar respecto al comportamiento humano. Las interpretaciones del mismo conjunto de instrucciones de experimentación o de preguntas variarán indudablemente entre diferentes personas y circunstancias.

De manera igualmente significativa, los naturalistas argumentan que esto es debido a que el comportamiento de las personas no se produce de manera mecánica, no se somete al conjunto de análisis causales y a la manipulación de variables que caracterizan la investigación cuantitativa inspirada en el positivismo. Cualquier esperanza a la hora de descubrir «leyes» de comportamiento humano es vana, sugieren, pues el comportamiento humano se construye y reconstruye de manera continua sobre la base de las interpretaciones que las personas hacen de las situaciones en que se encuentran.

De acuerdo con el naturalismo, para comprender el comportamiento de la gente debemos aproximarnos de forma que tengamos acceso a los significados que guían ese comportamiento. Afortunadamente, las capacidades que hemos desarrollado como actores sociales pueden darnos ese acceso. Como observadores participantes podemos aprender la cultura o subcultura de las personas que estamos estudiando. Podemos interpretar el mundo de la misma forma que ellos lo hacen, y así aprender a comprender su comportamiento de un modo diferente al de los científicos naturalistas acerca de la comprensión del comportamiento de los fenómenos físicos. (Esta forma de comprensión de los fenómenos sociales es a menudo definida como *Verstehen*. Véase Truzzi, 1974, para debatir y aclarar la historia de este concepto.)

La necesidad de aprender la cultura de aquellos a quienes estamos estudiando es mucho más obvia en el caso de las sociedades distintas a la nuestra. Aquí no sólo no podemos saber el por qué la gente hace lo que hace, muchas veces ni siquiera sabemos qué es lo que están haciendo. Nos encontramos así en la situación de extrañamiento referida por Schutz (1964). Schutz cuenta que durante las semanas y los meses siguientes

a la llegada del inmigrante a la sociedad de acogida, lo que él o ella pensaban sobre aquella sociedad se revela de dudosa validez, incluso falso. Además, aspectos que ignoraban porque previamente se habían considerado de poca importancia, paulatinamente adquieren gran significación, lo que hace necesario afrontarlos para cumplir objetivos importantes, tal vez incluso hasta para lograr la propia supervivencia del recién llegado. En el proceso de aprendizaje de cómo comportarse en las situaciones extrañas que componen el nuevo ambiente, el forastero va adquiriendo un conocimiento interno que suplanta al conocimiento «externo» previo. Schutz señala que, como consecuencia de verse forzado a entender la cultura de la sociedad de acogida, el extraño adquiere cierta objetividad no accesible a los miembros de la cultura en cuestión. Éstos viven dentro de su cultura, incapaces de verla como algo que no sea un simple reflejo de «cómo es el mundo». A menudo no son conscientes de elementos fundamentales, muchos de los cuales son distintivos de esa cultura y moldean su visión.

El ejemplo de Schutz acerca de la experiencia del foráneo señala de manera más precisa el trabajo del antropólogo, que habitualmente estudia sociedades muy diferentes a la suya. Sin embargo, la experiencia del extraño no queda restringida a aquellos que se trasladan a vivir a una sociedad diferente. El movimiento entre grupos dentro de una sociedad concreta puede producir los mismo efectos, aunque generalmente de forma más suave. Existen diferentes estratos o círculos de conocimiento cultural dentro de una misma sociedad. De hecho, esto resulta particularmente cierto en las modernas sociedades industriales con su compleja división de labores, la multiplicidad de estilos de vida, la diversidad étnica y las comunidades desviadas, y también las subculturas, así como las perspectivas que mantienen, y que son generadas por estas divisiones sociales. Ésta es una de las principales razones para la investigación según la sociología de la Escuela de Chicago. Trazado según la analogía de la ecología animal y vegetal, los miembros de esa Escuela redactaron un documento que diferenciaba modelos de vida que podían encontrarse en diferentes partes de la ciudad de Chicago, desde la «alta sociedad» de la denominada «costa dorada» a los mugrientos guetos de la Little Sicily. Posteriormente, el mismo tipo de aproximación fue aplicado a las culturas y los trabajos, las organizaciones y los grupos desviados, así como a otros «mundos sociales» más difusos (Strauss, 1978 y 1993), como el arte (Becker, 1974), las apuestas (Scott, 1968) o el tráfico de droga organizado (Adler, 1993).

Según la explicación naturalista, el valor de la etnografía como método de investigación social se basa en la existencia de dichas variaciones en los modelos culturales de las sociedades, y su significación para la comprensión de los procesos sociales. La etnografía explota la capacidad que todo actor social posee para aprender nuevas culturas, y la objetividad que estos procesos ponen en funcionamiento. Incluso allí donde está investigando un grupo familiar o un ambiente, al observador participante se le pide que lo trate como si fuera «antropológicamente extraño», en un esfuerzo por hacer explícitos los supuestos que él ha dado por garantizados como miembro de dicha cultura. De este modo se espera que la cultura se convierta en un objeto susceptible de ser estudiado. El naturalismo propone que mediante la marginalidad, según una perspectiva y una posición social, es posible construir una explicación de la cultura investigada en la que ésta aparezca como independiente y externa al investigador; en otras palabras, como un fenómeno natural. De hecho, la principal finalidad es la descripción de culturas. Se renuncia a la búsqueda de leyes universales en favor de descripciones detalladas de la experiencia concreta de la vida dentro de una cultura particular, y de las reglas o patrones sociales que la construyen. Los intentos de ir más allá de esto, como por ejemplo explicar formas concretas de cultura, a menudo son desestimados. Como dice Denzin (1971, pág. 168), «los naturalistas se resisten a los esquemas o modelos que simplifican la complejidad de la vida cotidiana»; aunque algunas formas de teoría, aquellas que son entendidas como capaces de captar la complejidad social, son recomendadas habitualmente, de manera especial la teoría básica de Glaser y Strauss (Glaser y Strauss, 1968; Strauss y Corbin, 1990; pero véase también Williams, 1976).

En los últimos años, la influencia del positivismo ha decaído y con ella, en muchas áreas, el dominio del método cuantitativo. Sin embargo, al mismo tiempo el naturalismo ha sido atacado desde posturas de investigación cualitativa. En la siguiente sección exploraremos estos desarrollos más recientes.

LOS ANTIRREALISTAS Y LAS CRÍTICAS POLÍTICAS DEL NATURALISMO

Como hemos señalado anteriormente, en la pasada década existieron tendencias de desarrollo en conflicto dentro de la metodología de la investigación social. Por un lado, existía una creciente aceptación de la etnografía y del método cualitativo, así como intentos de combinarlos con técnicas cuantitativas. Por otro lado, se criticó a este tipo de movimientos por eludir los pilares contrapuestos, tanto filosóficos como políticos, sobre los que se erigían las investigaciones cualitativas y cuantitativas respectivamente (Smith y Heshusius, 1986; Smith, 1989; Guba, 1990). También se criticaron formas de pensamiento y de trabajo etnográfico arcaicas por traicionar la influencia del positivismo y el cientifismo. Lo que señala este dato es que, a pesar de sus diferencias, el positivismo y el naturalismo tienen muchas cosas en común. Ambos apelan al modelo de ciencia natural, a pesar de interpretarlo de diferente manera. Como resultado, los dos están comprometidos con la idea de entender los fenómenos sociales como objetos existentes de manera independiente a la investigación. Del mismo modo, ambos buscan el compromiso práctico y político por parte de los investigadores, en su mayoría ajenos al proceso de investigación; de hecho, como fuente de distorsión de cuyos efectos tienen que protegerse para preservar la objetividad. Muchos etnógrafos empezaron a preguntarse acerca del compromiso de la investigación cualitativa respecto al naturalismo, desafiando uno o ambos supuestos. Surgieron dudas respecto a la capacidad de la etnografía a la hora de retratar el mundo social en el sentido que requería el naturalismo. Del mismo modo, el compromiso de los viejos tipos de etnografía hacia cierto tipo de valor de neutralidad fue cuestionado y se recomendaron las formas de intervencionismo político de la etnografía. Debemos observar estos aspectos de la crítica al naturalismo de manera diferenciada, a pesar de que a menudo estén relacionados estrechamente.

CUESTIONAR EL REALISMO

Hoy en día muchos críticos del positivismo y del naturalismo los niegan basándose en que ambos asumen que la labor del investigador social es representar los fenómenos sociales de cierta manera literal: para documentar sus mecanismos y explicar sus acontecimientos. Lo que se cuestiona es algo que a veces se refiere al realismo. En parte, la crítica al realismo aparece a partir de una tensión, en el interior de la etnografía; entre el naturalismo característico del pensamiento metodológico de los etnógrafos y el constructivismo y el relativismo cultural que relaciona su comprensión de las perspectivas y el comportamiento de la gente como construcción del mundo social, tanto a través de sus interpretaciones del mismo como a través de acciones basadas en dichas interpretaciones. Además, a veces estas interpretaciones reflejan diferentes culturas; así pues existe un sentido mediante el cual las acciones de la gente crean diferentes mundos sociales (Blumer, 1969, pág. 11). Pero el constructivismo y el relativismo son compatibles con el naturalismo únicamente en tanto que no se aplican en la investigación etnográfica en sí. En cuanto vemos a etnógrafos construyendo el mundo social mediante la interpretación que hacen de él, aparece un conflicto con el realismo naturalista construido dentro de la metodología etnográfica.

Esta fuente interna de dudas acerca del realismo se vio reforzada por el impacto de diferentes desarrollos externos. Uno de ellos fueron los cambios en el campo de la filosofía de la ciencia. A pesar de que hasta principios de los años cincuenta el positivismo había dominado este campo, a partir de ese momento el dominio empezó a decrecer, dando lugar finalmente una serie de posiciones alternativas, algunas de ellas contrarias al realismo. Un signo de este cambio fue el enorme impacto del libro de Thomas Kuhn "The Structure of Scientific Revolutions"¹ (Kuhn, 1970; publicado inicialmente en 1962). Kuhn se posicionaba en contra de las visiones de la historia de la ciencia que la retrataban como un proceso de desarrollo acumulativo hacia la verdad, conseguida mediante la investigación racional fundada en la evidencia. El mostró, y otros también lo hicieron, que el trabajo de los científicos en los mayores desarrollos científicos del pasado estaba relacionado con supuestos teóricos acerca del mundo que no se basaban en investigaciones empíricas, y ahora muchos de ellos son juzgados como falsos. Kuhn incluso afirmó que la historia de la ciencia, más que mostrar el crecimiento gradual del conocimiento, está puntuada por períodos de revolución cuando los supuestos teóricos que forman el «paradigma» con el que los científicos de un campo particular han operado hasta ese momento cambian y son reemplazados. Un ejemplo es el salto desde la física

¹ Trad. cast.: La estructura de las revoluciones científicas, Madrid, Fondo de Cultura Económica de España, 2000.

newtoniana a la teoría de la relatividad y la mecánica cuántica a principios del siglo xx. El cambio de un paradigma por otro, de acuerdo con Kuhn, no sólo tiene lugar según la simple comprobación racional de la evidencia. Los paradigmas son inconmensurables, dibujan el mundo de maneras incompatibles, así que los datos en sí se interpretan de manera diferente si se trabaja con diferentes paradigmas. Esto implica que la validez de las afirmaciones científicas es siempre relativa, depende del paradigma con que son juzgadas, nunca es un mero reflejo de territorios independientes de realidad.

El trabajo de Kuhn materializaba la mayoría de los argumentos contra el positivismo que se habían convertido en influyentes: que no existe un fundamento de observación teórico-neutral con el que las teorías puedan ser probadas, y que los juicios acerca de la validez de las teorías nunca están totalmente determinados por una evidencia. También propuso una concepción alternativa de la ciencia que contrastaba ampliamente con el modelo positivista. Sin embargo, su crítica también apuntaba contra el naturalismo, contra la idea de un investigador en contacto directo con la realidad, como había hecho contra el positivismo: en su explicación, todo conocimiento del mundo está mediatizado por una serie de supuestos paradigmáticos. Además, la visión alternativa que él ofrecía hacía que los científicos naturalistas aparecieran como personas más capaces de construir sus mundos sociales de lo que los etnógrafos eran capaces con sus relatos. Y los sociólogos de la ciencia, consecuentemente, produjeron etnografías del trabajo de los científicos naturales en esa línea (Latour y Woolgar, 1979; Knorr-Cetina, 1981). En este sentido, la ciencia natural pasó de ser el principal modelo metodológico para la investigación social a ser un objeto de investigación sociológica; y para los etnógrafos esto produjo el conflicto entre el naturalismo y el constructivismo en su propio seno.

Tan importante como los desarrollos dentro de la filosofía de la ciencia para la aparición de dudas acerca del realismo fue la influencia de diferentes tendencias de la filosofía continental europea. El naturalismo se vio influenciado por las ideas acerca de la hermenéutica del siglo xix, sobre la interpretación de los textos históricos, y en particular por el trabajo de Dilthey. Ésta fue la fuente de la idea, mencionada anteriormente, de que el entendimiento sociocultural adquiere una forma diferente para la comprensión de los fenómenos físicos. En el siglo xx, sin embargo, esta temprana tradición hermenéutica fue cuestionada por una nueva forma de «hermenéutica filosófica». Allí donde anteriormente los textos humanos de comprensión habían sido presentados como un riguroso proceso de recuperación del significado que pretendía darle el autor y localizarlo en los lugares culturalmente relevantes, la hermenéutica filosófica observaba el proceso de comprensión como un reflejo inevitable de los «prejuicios», la pre-comprensión, del intérprete. La interpretación de textos, y por extensión también la comprensión del mundo social, ya no podía ser entendida como una cuestión de captura de los significados sociales en sus propios términos; los relatos producidos eran entendidos como un reflejo inevitable de la posición sociohistórica del investigador (Warnke, 1987).

Otra poderosa influencia en la etnografía de los últimos años ha sido el postestructuralismo. Se trata de un movimiento muy diverso, pero sólo es necesario mencionar dos de sus más influyentes corrientes: la «deconstrucción» de Derrida y el trabajo de Foucault. Al igual que la filosofía hermenéutica, la deconstrucción también lleva a preguntarse acerca de la idea de que los etnógrafos pueden captar los significados sobre la base de los actos de la gente, y hacerlo en campos relacionados: dichos significados no son estables; no son propiedades individuales, sino que reflejan la constitución de las subjetividades a través del lenguaje. También resulta importante la desautorización que la deconstrucción realiza respecto a las distinciones entre diferentes géneros de escritura: entre «escritores» y críticos, entre ficción y no ficción, de hecho, entre escritura literaria y escritura técnica en general. Esto llevó al reconocimiento del hecho de que el lenguaje utilizado por los etnógrafos en sus escritos no es un medio transparente que permite ver la realidad a través suyo, sino que es más bien una construcción que esboza en muchos casos las estrategias retóricas utilizadas por los periodistas o incluso los novelistas. A partir de estos supuestos, algunos llegaron a la conclusión de que los fenómenos descritos en los informes etnográficos habían sido creados mediante las estrategias retóricas empleadas, más que tratarse de hechos externos al texto; en pocas palabras, a menudo esta relación con la retórica se asoció a formas de antirrealismo (véase, por ejemplo, Tyler, 1986).

El trabajo de Foucault se basa también en la negación del realismo. Él destaca el hecho de que la investigación social es un fenómeno sociohistórico, algo que funciona como parte del proceso de vigilancia y control, algo que él entiende como mecanismo central de la sociedad moderna. Sus productos reflejan su carácter social, más que representar cierto mundo independiente del mismo. Foucault argumenta que los diferentes «régimenes de verdad» se establecen en distintos contextos, reflejando el juego de diversas fuentes de poder y resistencia. Así pues, lo que se trata como verdadero y falso, en la investigación social o en

cualquier otro campo, está constituido mediante un ejercicio de poder. (Para un debate sobre las implicaciones del trabajo de Foucault en la etnografía, véase Grubium y Silverman, 1989.)

Mientras que el realismo no fue abandonado por completo por la mayoría de los etnógrafos, la idea de que los relatos etnográficos pueden representar la realidad social de una manera relativamente poco problemática ha sido rechazada; y la duda ha llegado hasta la afirmación de la autoridad científica asociada al realismo. Incluso en el trabajo de Foucault encontramos un vínculo directo con la segunda crítica del naturalismo: su negación de la investigación política y social.

LA POLÍTICA DE LA ETNOGRAFÍA

Los naturalistas comparten con los positivistas un compromiso con la producción de relatos respecto a cuestiones factuales que reflejan la naturaleza de los fenómenos estudiados más que los valores o las implicaciones políticas del investigador. Por supuesto, ambos reconocen que la investigación práctica se ve afectada por los valores del investigador, pero la intención de los naturalistas era limitar la influencia de dichos valores en la medida de lo posible, para alcanzar conclusiones que fueran ciertas independientemente de determinadas posturas de valor. En los últimos años, todos los esfuerzos en pos de la neutralidad de los valores y de la objetividad han sido cuestionados, a veces reemplazándolos por la defensa de una investigación «abiertamente ideológica» (Lather, 1986).

Esto es, en parte, el resultado de una influencia continuada del marxismo y de la teoría «crítica», pero igualmente importante ha sido el impacto del feminismo. Desde el punto de vista tradicional del marxismo, la distinción entre hechos y valores es un producto histórico, algo que puede superar el futuro desarrollo de la sociedad. Los valores remiten al potencial humano que se construye en el desarrollo de la historia. En este sentido, los valores son hechos incluso cuando tal vez no hayan encontrado una realización en el mundo social. Además, proporcionan la clave para la comprensión de la naturaleza de las condiciones sociales del presente, el pasado y el futuro. La ciencia social proporciona, por lo tanto, no únicamente un conocimiento abstracto sino la base para la acción de transformación del mundo, para conseguir la autorrealización humana. Desde este punto de vista, la etnografía, como otras formas de investigación social, no puede tratar simultáneamente asuntos factuales y de valor, y su papel implica inevitablemente una intervención social (tanto si los investigadores son conscientes de ello como si no).

A la misma conclusión acerca del carácter político de la investigación social se ha llegado de otras maneras, por ejemplo aquellos que afirman que la investigación está siempre afectada por valores, y siempre tiene consecuencias, políticas, lo que significa que los investigadores tienen que ser responsables de sus compromisos con unos valores y de los efectos de su trabajo. También se ha sugerido que la etnografía y otras formas de investigación social tienen un impacto social tan pequeño que sus repercusiones simplemente reposan en los polvorientos estantes de las librerías, y que por lo tanto no son preocupantes. Se ha dicho que, para que tenga valor, la investigación etnográfica tiene que estar relacionada no simplemente con la comprensión del mundo, sino con la aplicación de sus logros para propiciar un cambio.

Existen diferencias en la observación de la naturaleza del cambio que debe promoverse. En ocasiones tiene que ver con hacer que la investigación sea más relevante para la política aplicada o para alguna forma de práctica profesional, como con algunas versiones del movimiento del profesor-como-investigador (véase, por ejemplo, Hustler y otros, 1986). De manera alternativa, podría decirse que la investigación puede ser emancipadora. Esto ha sido propuesto por las feministas, para las que el objetivo es la emancipación de la mujer (y del hombre) del patriarcado (Lather, 1991; Fonow y Cook, 1991); pero algo semejante también se puede encontrar en los escritos de los etnógrafos críticos y de los defensores de la investigación de acción emancipadora, para los que el objetivo de la investigación es alcanzar la transformación de las sociedades occidentales hasta alcanzar los ideales de libertad, igualdad y justicia (Carr y Kemmis, 1986; Kemmis, 1988; Gitlin y otros, 1989).

Por supuesto, bajo la premisa de que cualquier posibilidad de producción de conocimiento está socavada por los argumentos antirrealistas trazados en anteriores páginas, una relación con los efectos de la investigación puede parecer un objetivo alternativo apropiado para la tradicional búsqueda de la verdad. Esta línea también ha llevado al crecimiento de concepciones de mayor intervención de la etnografía. En este sentido, el

postestructuralismo ha contribuido a la politización de la investigación social, a pesar del hecho de que simultáneamente parece socavar todos los ideales políticos (Dews, 1987).

REFLEXIVIDAD

La crítica del naturalismo que hemos esbozado es entendida a veces como una excrecencia del carácter reflexivo de la investigación social. Se dice que donde fallan tanto el positivismo como el naturalismo es en el hecho de que los investigadores sociales forman parte del mundo social que estudian. La separación entre ciencia y sentido común, entre las actividades del investigador y las de los investigados, permanece en el centro tanto del positivismo como del naturalismo. Esto lleva a la obsesión que ambos tienen por eliminar los efectos del investigador sobre los datos. Para unos la solución es la estandarización de los procedimientos de investigación, para los otros es la experiencia directa del mundo social, cuya versión extrema sería aconsejar al etnógrafo que se «rinda» a las culturas que desea estudiar (Wolff, 1964; Jules-Rosette, 1978a y b). Ambas posiciones asumen que es posible, al menos en teoría, aislar una serie de datos no contaminados por el investigador, posible en cuanto éste se ha vuelto autómatas o receptor neutral de experiencias culturales. Sin embargo, es inútil perseguir este tipo de cosas en la investigación empírica puesto que cualquier tipo de datos presupone un trasfondo teórico (Hanson, 1958).

Así pues, reflexividad implica que las orientaciones de los investigadores pueden tomar forma mediante su localización sociohistórica, incluyendo los valores e intereses que estas localizaciones les confieren. Lo que esto representa es una negación de la idea de que la investigación social, o puede ser, realizada en una especie de territorio autónomo aislado de la sociedad al completo y de la biografía particular del investigador, en el sentido de que sus logros pueden quedar a salvo de los procesos sociales y de las características personales. También se ha señalado que la producción de conocimiento de los investigadores tiene sus consecuencias. Como mínimo, la publicación de sus conclusiones puede marcar el clima en que las decisiones políticas y prácticas son llevadas a cabo, e incluso puede estimular directamente ciertas acciones concretas. Tampoco las consecuencias de la investigación son neutrales o necesariamente deseables. De hecho, algunos comentaristas entienden la investigación social como el hecho de desempeñar un papel indeseable a la hora de apoyar uno u otro aspecto del statu quo político en las sociedades occidentales.

No cabe duda de que la reflexividad es un mecanismo significativo dentro de la investigación social. De hecho, en un sentido todas las investigaciones sociales toman la forma de una observación participante: esto implica la participación en el mundo social, en el papel que sea, y verse reflejada en los productos de esta participación. Sin embargo, no podemos esgrimir las mismas conclusiones a partir de la reflexividad de la investigación social como hacen muchos críticos del naturalismo. Para nosotros, el reconocimiento de la reflexividad implica que existen elementos de positivismo y naturalismo que deben ser dejados de lado; pero esto no significa que se deban negar todas las ideas asociadas con estas dos líneas de pensamiento. Así pues, no entendemos la reflexividad como el debilitado compromiso de los investigadores respecto al realismo. Según nuestro punto de vista, sólo determina las formas ingenuas de realismo que asumen que el conocimiento se debe basar en ciertos fundamentos absolutamente seguros. De manera similar, no creemos que la reflexividad implique que la investigación sea necesariamente política, o que deba ser política en el sentido de servir a una causa política particular o a unos fines prácticos. Para nosotros, el principal objetivo de la investigación es, y debe seguir siendo, la producción de conocimiento.

REFLEXIVIDAD Y REALISMO

Es cierto que no podemos evitar relacionar el conocimiento con el «sentido común» ni tampoco, a veces, podemos evitar causar un efecto en los fenómenos sociales que estudiamos. En otras palabras, no existe una manera en la que podamos escapar del mundo social con la intención de estudiarlo. Afortunadamente, esto no resulta necesario desde un punto de vista realista. Hay una pequeña justificación para negar todo conocimiento basado en el sentido común, así como la hay para tratarlo como «válido en sí mismo»: no disponemos de un estándar externo, absolutamente conclusivo con el que juzgarlo. Pero podemos trabajar con el «conocimiento» del que disponemos, mientras que reconocerlo puede ser erróneo y conllevar una

indagación sistemática allí donde las dudas parezcan justificadas; y haciendo esto podemos basarnos en la razonable suposición de que estamos intentando describir los fenómenos tal como son, y no meramente como los percibimos o como nos gustaría que fueran (Hammersley, 1992, cap. 3). En nuestras actividades diarias nos basamos en supuestos acerca del mundo; pocos de ellos podrían ser sometidos a examen, y ninguno sería aprobado por completo. La mayoría de las veces esto no nos afecta, y en este sentido la investigación social no es diferente de otras actividades. Necesitamos reflexionar sólo sobre lo que parece problemático, mientras que dejamos abierta la posibilidad de que lo que habitualmente no resulta problemático pueda serlo en el futuro.

También es importante reconocer que la investigación es un proceso activo, en el que los relatos sobre el mundo se producen mediante la selectiva observación y la interpretación teórica de lo que se ve, haciendo preguntas concretas e interpretando las respuestas, escribiendo notas de campo y transcribiendo grabaciones de audio y vídeo, así como escribiendo las conclusiones de la investigación. Y es verdad que últimamente ciertos aspectos de este proceso no han recibido la atención que merecen. Sin embargo, decir que nuestros logros, e incluso nuestros datos, se construyen no implica automáticamente que no representen o no puedan representar los fenómenos sociales. Creer que lo hacen es asumir que la única forma verdadera de representación llevaría a que el mundo imprimiera sus características en nuestros sentidos, un relato muy poco plausible del proceso de percepción (Gregory, 1970).

De igual modo, el hecho de que como investigadores estemos en disposición de crear un efecto en la gente que estudiamos no significa que la validez de nuestras conclusiones quede restringida a los datos de situaciones provocadas en las que hemos confiado. Podemos minimizar la reacción y/o dirigirla. Pero también podemos utilizarla: la forma en que la gente responda a la presencia del investigador puede proporcionar tanta información como la reacción ante otras situaciones. De hecho, más que enredarnos en fútiles intentos de eliminar por completo los efectos del investigador, deberíamos intentar comprenderlos, un tema que Schuman ha señalado en relación con las encuestas sociales:

La posición básica que tomaré es sencilla: los artificios están en la mente de quien los ve. Fuera de una o dos excepciones, los problemas que ocurren durante las encuestas, si los tomamos en serio como acontecimientos de la vida, son oportunidades que se nos brindan para una mejor comprensión. Aquí distinguimos entre la encuesta simple y la encuesta científica. [...] Una concepción simplista de la investigación de encuestas toma las respuestas literalmente, omite las entrevistas como fuentes de influencia y no lleva en serio el problema del muestreo. Una persona que procede de esta manera probablemente caerá en la trampa de su instrumental analítico. La encuesta científica, por el contrario, valora la investigación con encuestas en tanto que búsqueda de significados; las ambigüedades del lenguaje y de la comunicación, las discrepancias entre actitudes y comportamientos, incluso los problemas sin respuesta, en vez de ser ignorados o simplemente vistos como obstáculos a la investigación eficiente, proporcionan una parte importante de la información.

(Schuman, 1982, pág. 23)

Es decir que «lo que se considera como un artificio si es tomado ingenuamente, refleja un acontecimiento de la vida si lo tomamos en serio» (1982, pág. 24). Para entender los efectos de la investigación y sus procedimientos, necesitamos comparar informaciones obtenidas en diferentes niveles de reacción a la investigación. Una vez que hayamos abandonado la idea de que el carácter social de la investigación puede ser estandarizado o eludido, ya sea por medio de una metamorfosis en una «mosca en la pared» o mediante una «participación total», el papel del investigador como participante activo en el proceso de investigación se tornará más claro. El investigador o la investigadora son el instrumento de investigación par excellence. El hecho de que el comportamiento y las actitudes varíen con frecuencia dependiendo del contexto, y de que el investigador pueda desempeñar un papel importante en la configuración de esos contextos, se vuelve central para el análisis. De hecho, puede recurrirse a ello siempre que valga la pena. Los datos no deben ser afrontados de manera crítica por sus apariencias, sino que deben ser tratados como un campo de inferencias en el cual se pueden identificar los modelos hipotéticos y probar su validez. Con el objeto de llegar a conclusiones teóricas se exploran diferentes estrategias de investigación y se comparan sus efectos. Las interpretaciones deben ser explicitadas y hacerse uso de todas las oportunidades para probar sus límites y asegurar las alternativas. Esta perspectiva contrasta fuertemente con la imagen del investigador social proyectada por el naturalismo, aunque sea más cercana a otros modelos de investigación etnográfica como el de la «teorización fundamentada» (Glaser y Strauss, 1967), la «inducción analítica» (Cressey, 1950; Denzin, 1978) y el modelo estratégico que se encuentra dentro del naturalismo en la obra de Schatzman y Strauss

(1973). En este sentido, la imagen del investigador se sitúa simultáneamente con la de la gente estudiada, como un sentido activo del mundo, sin determinar el compromiso de la investigación con el realismo.

LA REFLEXIVIDAD Y EL CARÁCTER POLÍTICO DE LA INVESTIGACIÓN

El positivismo y el naturalismo, en las formas en que hemos hablado de ellos, tienden a presentar la investigación como una actividad que se lleva a cabo según su propio interés y sus propios términos. Por el contrario, como hemos visto, algunos críticos insisten en que la investigación tiene una función social, por ejemplo para legitimar y preservar el statu quo. Y sobre esta base, argumentan que los investigadores deben intentar realizar su trabajo para que sirva en diferentes funciones, como probar el statu quo. A menudo, este punto de vista se organiza alrededor de la pregunta: ¿en qué lugar se sitúa el investigador? (Becker, 1967a; Troyna y Carrington, 1989).

Como hemos visto anteriormente, otros arguyen que el error de la etnografía es su ausencia de impacto sobre la política y su práctica, su limitado resultado en el mundo del día a día de la política y el trabajo. Así, da la impresión de ser una especie de pasatiempo, una trivialidad mientras el mundo arde, que ocupa a intelectuales diletantes que no tienen que pagar los mismos impuestos que los ciudadanos trabajadores.

Según nuestra opinión, esta crítica de la etnografía naturalista parece conllevar una sobrevaloración de la contribución actual y potencial de la investigación de la política y la práctica, y un fallo asociado al más modesto valor de las contribuciones que efectúa. También señala que podría pensarse que la única justificación para la investigación es su contribución a la política y a la práctica, y reconocer que inevitablemente causa efectos en ellas, sin concluir que se debería dirigir hacia dichos objetivos. De hecho, existen buenas razones para no encaminarse directamente hacia esos objetivos. La más importante es que esto incrementaría las oportunidades de que las conclusiones fueran distorsionadas por ideas acerca de cómo debería ser el mundo o de cómo algunos creen que debería ser. Cuando estamos comprometidos en una acción práctica o política, la verdad de lo que decimos no es, a menudo, nuestro asunto principal, incluso aunque prefiramos ser honestos. Estamos más interesados en los efectos prácticos de nuestras acciones, y a veces esto nos puede llevar a ser «ahorrativos» con la verdad, como mínimo. Además, incluso cuando la verdad de nuestras creencias es el asunto principal, en el juicio de las actividades prácticas, de las afirmaciones factuales o de valor, tiende en mayor o menor medida a basarse en ciertas consideraciones que difieren de la producción de conocimiento, el objetivo principal de la investigación: es probable que estemos interesados sobre todo en saber si la información es suficientemente fiable para nuestros propósitos. Por supuesto, si uno cree, como Marx y otros creían, que (últimamente, al menos) la verdad y el bien son idénticos, puede negar la significación de esta diferencia de orientación entre la investigación y otras actividades prácticas. Pero este punto de vista se basa en una elaborada y poco convincente infraestructura filosófica (Hammersley, 1992, cap. 6 y 1993).

Es necesario decir que negar que la investigación debería apuntar hacia objetivos políticos no es sugerir que los investigadores tengan que, o deban, abandonar sus convicciones políticas. Se trata de insistir en que, en tanto que investigadores, su objetivo principal debe ser siempre producir conocimiento, y que deberían intentar minimizar cualquier distorsión de sus conclusiones debido a sus convicciones políticas o a sus intereses prácticos. Tampoco sugerimos que los investigadores deberían desligarse de los efectos de su trabajo en el mundo. La cuestión es que ser conscientes de la reflexividad de la investigación no implica que deba estar pensada principalmente para cambiar (o, en otro orden de cosas, para preservar) el mundo de un modo u otro. Y, como hemos indicado, existen buenas razones por las cuales no hacerlo.

CONCLUSIÓN

Empezamos este capítulo examinando dos reconstrucciones opuestas referidas a la lógica de la investigación social y a sus implicaciones para la etnografía. Ni el positivismo ni el naturalismo proporcionan un marco adecuado. Ambos desatienden su reflexividad fundamental: el hecho de que formamos parte del mundo social que estudiamos y que dependemos del conocimiento basado en el sentido común y en los métodos de

investigación. Todas las investigaciones sociales se basan en la capacidad humana para participar en la observación. Actuamos en el mundo social y entonces estamos preparados para reflexionar sobre nosotros mismos y nuestras acciones como objetos en ese mundo. Sin embargo, más que hacernos dudar acerca de si la investigación produce o no conocimiento, o sobre su transformación en una empresa política, para nosotros esta reflexividad proporciona la base para una indagación lógica reconstruida que une, más que separa, al positivismo y al naturalismo, pero que va más allá en importantes aspectos. Al incluir nuestro propio papel dentro del enfoque de la investigación, y quizá incluso explotando sistemáticamente nuestra participación en los lugares en estudio como investigadores, podemos producir relatos sobre el mundo social y justificarlo sin recurrir a apelaciones fútiles al empirismo, o bien a variedades positivistas o naturalistas.

Redefinir la investigación social en términos de su reflexividad también ilumina la relación entre las aproximaciones cuantitativas y cualitativas. Ciertamente, es difícil justificar la visión, asociada al naturalismo, de que la etnografía representa un paradigma superior, alternativo a la investigación cuantitativa. Por otra parte, supone una contribución a las ciencias sociales mucho más importante que la que admite el positivismo.

La reflexividad es un aspecto de la investigación social. Algo a lo que no sólo los etnógrafos han prestado un creciente interés en los últimos años, en particular en la producción de «historias naturales» de sus investigaciones. (Por ejemplo, véanse Hammond, 1964; Freilich, 1970b; Bell y Newby, 1977; Shaffir y otros, 1980; Hammersley, 1983a; Bell y Roberts, 1984; Burgess, 1984b, 1985a y b, 1988a, 1989, 1990 y 1992; Golde, 1986; Whitehead y Conaway, 1986; McKeganey y Cunningham-Burley, 1987; Walford, 1987 y 1991 b; Shaffir y Stebbins, 1991; Okely y Gallaway, 1992.) El resto de este libro está dedicado a detallar detenidamente las implicaciones que tiene la reflexividad para la práctica etnográfica.